

las últimas convulsiones de un moribundo. La saturnal, semejante al entierro de la sardina, era enterrada por máscaras cansadas de sus danzas, ebrias de borrachera y empeñadas en fildar al placer de impotencia por no confesar la propia. En el momento en que aquella intrépida asamblea rodeó la mesa del capitalista, Cardot, que se había marchado prudentemente la víspera después de comer, para terminar su orgía en el lecho conyugal, asomó su cara oficiosa en la cual vagaba una apacible sonrisa. Parecía haber adivinado alguna herencia que probar, que repartir, que inventariar, que glosar; una herencia abundante en futuras actas, así como en honorarios, tan jugosa como el solomillo temblón en el que el anfitrión hincaba su cuchillo.

—¡Oh, oh! Vamos á almorzar ante notario—dijo Cursy.

—Llega usted á tiempo para apostillar y rubricar todas estas piezas—dijo el banquero designándole los manjares.

—Aquí no se ha de hacer ningún testamento; pero quizás sí contratos de boda—observó el erudito que por primera vez después de un año se había casado superiormente.

—¡Oh! ¡oh!

—¡Ah! ¡Ah!

—Poco á poco—replicó Cardot aturdido por un epro de bromas pesadas.—Vengo aquí por un asunto serio. Traigo seis millones á uno de vosotros. (Silencio profundo.) Caballero—dijo dirigiéndose á Rafael que en aquel momento se ocupaba sin ceremonia en limpiarse

los ojos con la punta de la servilleta.—¿su señora madre no llevaba el apellido O'Flaharty?

—Sí,—contestó Rafael maquinalmente,—se llamaba Bárbara María.

—¿Tiene usted su partida de bautismo y la de la señora de Valentín?

—Ya lo creo.

—Pues bien, es usted el único y legítimo heredero del mayor O'Flaharty, muerto en agosto de 1828 en Calcuta.

—Es una fortuna—"incalcutable"—exclamó el crítico.

—Como el mayor ha legado en su testamento muchas cantidades en favor de algunos establecimientos públicos, el gobierno francés ha reclamado su herencia á la Compañía de las Indias, y queda ya liquidada. Hace quince días que andaba yo buscando á los de-rechohabientes de Bárbara María O'Flaharty, cuando ayer en la mesa.

En esto Rafael se levantó de repente haciendo el movimiento brusco del hombre que recibe una herida. Hubo á modo de una aclamación silenciosa; el primer sentimiento de los comensales fué dictado por una sorda envidia, y todas las miradas se dirigieron hacia él como otras tantas llamas. Luego se inició un rumor parecido al del público de un teatro que se enfada, rumor que fué arreciando, y cada cual dijo su ocurrencia para dar la bienvenida á aquella fortuna llevada por el notario. Habiendo recobrado toda su razón por la brusca obediencia de la suerte, Rafael extendió rápidamente sobre la mesa la servilleta con que había medido horas antes la piel de zapa; sin escuchar nada puso

sobre ella su talismán, y se estremeció violentamente al notar una pequeña distancia entre el contorno trazado en el lienzo y el de la piel.

—Pero ¿qué le pasa?—dijo Taillefer.—Tiene una fortuna barata.

—“Sosténle, Chatillón”—dijo Bixiou á Emilio—la alegría va á matarle.

Todos los músculos del rostro ajado de aquel heredero se cubrieron de horrible palidez; contrajéronse sus facciones, las partes salientes de su cara se pusieron blancas y las cóncavas, sombrías; la máscara se hizo lívida y los ojos quedaron fijos. Veía la MUERTE. Aquel banquero espléndido rodeado de cortesanas ajadas de semblantes abitos, aquella agonía de la alegría era una imagen viviente de su vida. Rafael miró tres veces el talismán que cabía muy holgado entre las implacables líneas trazadas en la servilleta; quería dudar, pero un claro presentimiento aniquilaba su incredulidad. El mundo le pertenecía, lo podía todo y ya no quería nada. Como viajero en medio del desierto, tenía un poco de agua para coimir su sed y debía medir su vida por el número de sorbos. Conocía cuántos días había de costarle cada deseo. Luego creía en la piel de zapa, la oía respirar, se sentía ya enfermo, y pensaba: ¿Si estaré físico? ¿Acaso no murió mi madre del pecho?

—¡Ah, Rafael!—le dijo Aquilina.—¿Cómo se va usted á divertir! ¿Qué me dará usted?

—Brindemos por la muerte de su tío, el mayor Martín O'Flaharty. Era todo un hombre.

—Será par de Francia.

—¡Bah! ¿Qué es un par de Francia después de la revolución de Julio?—dijo el crítico.

—¿Tendrás palco en los Bufos?

—Supongo que nos obsequiarás á todos—dijo Bixiou.

—Un hombre como él sabe hacer las cosas en grande—replicó Emilio.

El ¡hurra! de aquella bulliciosa reunión resonaba en los oídos de Emilio sin que pudiera comprender el sentido de una sola palabra; pensaba vagamente en la existencia mecánica y sin deseos de un campesino de Bretaña, labrando su campo, comiendo pan de maíz bebiendo sidra en su “pinché,” bailando el domingo en un verde prado y no entendiendo el sermón de su “rector.” El espectáculo que en aquel momento se ofrecía á sus ojos aquellos dorados artesones, aquellas cortesanas, aquellos banquetes, aquel lujo, le irritaban la garganta y le hacían toser.

—¿Quiere usted espárragos?—le gritó el banquero.

—“¡No quiero nada!”—contestó Rafael con voz tonante.

—¡Bravo!—exclamó Taillefer.—Usted comprende la fortuna; es una patente de impertinencia. ¡Es usted de los nuestros! Señores, bebamos al poder del oro. El señor de Valentín, hoy seis veces millonario, llega al poder. Es rey, lo puede todo, está por encima de todo, como lo están todos los ricos. En adelante, eso de los “Franceses son iguales ante la ley” inserito al principio de la Carta, será para él una mentira. No obedecerá las leyes, sino que las leyes le obedecerán. ¡No hay cadalsos ni verdugos para los millonarios!

—Sí, porque ellos son sus propios verdugos—replicó Rafael.

—¡Otra preocupación!—objetó el banquero.

—Bebamos—dijo Rafael guardándose el talismán en el bolsillo.

—¿Qué haces?—le dijo Emilio cogiéndole la mano. —Señores—añadió dirigiéndose á los circunstantes bastante sorprendidos del proceder de Rafael,—habéis de saber que nuestro amigo de Valentín ¿qué estoy diciendo? que el “señor marqués de Valentín” posee un secreto para hacer fortuna. Se realizan sus deseos en el momento mismo en que los formula. A menos de pasar por un lacayo, por un hombre sin corazón, va á enriquecernos á todos.

—¡Ah, Rafaelito! Quiero un aderezo de perlas—exclamó Eufrasia.

—Si es agradecido, me regalará dos carruajes tirados por hermosos caballos que corran mucho—dijo Aquilina.

—Deseo usted para mí cien mil francos de renta.

—¡Chales de Cachemira!

—¡Pague usted mis deudas!

—Envía una apoplejía á mi tío.

—Rafael, me doy por satisfecho con diez mil libras de renta.

—¡Cuántas donaciones!—exclamó el notario.

—Debería curarme la gota.

—Hacer bajar las rentas—dijo el banquero.

Todas estas frases salieron disparadas como el haz de cohetes con que termina un fuego de artificio.

Aquellos furiosos deseos eran quizás más formales que cosa de broma.

—Querido amigo—dijo Emilio con gravedad,—me contentaré con doscientas mil libras de renta: vaya, hazme este favor de buen grado.

—Pero ¿no sabes á qué precio, Emilio?—le preguntó Rafael.

—¡Bonita disculpa!—exclamó el poeta.—¿No debemos sacrificarnos por nuestros amigos?

—Casi me van dando ganas de desearos la muerte á todos—respondió Valentín echando una mirada sombría á los comensales.

—Los moribundos son furiosamente crueles—dijo Emilio riendo.—Ya eres rico,—añadió con formalidad; pues bien, antes de dos meses serás asquerosamente egoísta. Eres ya estúpido, no comprendes una broma. No te falta más que creer en tu piel de zapa.

Rafael, temeroso de las burlas de aquella gente, guardó silencio, bebió sin tino y se embriagó para olvidar un momento su funesto poder.

LA AGONIA

En uno de los últimos días del mes de Diciembre, un anciano septuagenario, arrostrando la lluvia, iba por la calle de Varennes levantando la cabeza á la vuelta de cada casa particular y buscando el domicilio del señor marqués Rafael de Valentín, con la candidez de un niño y el aspecto absorto de los filósofos. En aquella cara, acompañada de largos y desgreñados cabellos ca-